



Cód 8597692

Sesenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial todavía se descubren testimonios escalofriantes sobre el Holocausto que sirven como baluarte contra el olvido, como el diario de un niño, Petr Ginz, que reseñó con realismo el drama de esos días.

El diario de un niño a las puertas de Auschwitz



Petr Ginz
«DIARIO DE PRAGA»
ACANTILADO
184 PÁGINAS 17 EUROS



Lo normal y el horror

«Lo que resulta ahora totalmente corriente hubiera sido motivo de escándalo en una época normal» anotó un increíblemente adulto Petr Ginz. Apenas contaba con 14 años de edad. Cuando los cumpliera, sabía que sería deportado a los campos de concentración. En el «Diario de Praga (1941-1942)» da muestra de una precocidad literaria sorprendente y aporta un fresco de una sociedad que el nazismo corrompió, degradó y destruyó para siempre. «Los de la Gestapo sacaron a la gente de la taberna (unos ocho) y los metieron directamente en el furgón, cerraron las puertas y se los llevaron», escribió. Ginz fue deportado al infierno de Terezin y después a Auschwitz. Sus padres escondieron en casa de unos amigos todo lo que escribió. No era para ser leído, pero se ha convertido en un testimonio de peso de esa época.

Passa el tiempo, va quedando atrás para las nuevas generaciones el halo legendario, casi irreal por inimaginable, de las masacres nazis, pero nuevos testimonios en forma de textos recuperados, o a través de las voces de los familiares de los exterminados, surgen de súbito y mantienen latente aquellos años en los que el ser humano alcanzó el clímax de la crueldad, el odio y la violencia. Anteayer, fueron los diarios de Ana Frank y los relatos del polaco Tadeusz Borowski; ayer, los ensayos y poemas de Primo Levi y las escalofriantes memorias del húngaro Bela Zsolt; hoy, la «Suite francesa» —novela sobre la guerra y la ocupación germana en Francia— de la rusa Irène Némirovsky, muerta en el campo de concentración de Auschwitz, y ahora otros diarios, como en el caso de Frank, de un adolescente talentoso y lleno de iniciativa, el checo Petr Ginz.

Su propia hermana, Chava Pressburger (de soltera, Eva Ginz, nacida en 1930), se hizo cargo de dichos diarios (escritos de septiembre de 1941 hasta agosto de 1942) cuando reaparecieron en el año 2003, a raíz de una emocionante coincidencia que enseguida detallaremos. Chava había sido la única superviviente de la familia —además de su padre y una prima—, pues el resto moriría en los campos de exterminio, incluido el joven Petr, que a los catorce años, a la edad en que sería enviado al campo de Terezin, era ya un chaval superdotado para las artes, dibujaba de forma magnífica, como este mismo libro demuestra por medio de una serie de ilustraciones — y había escrito cinco novelas de ciencia ficción basadas en sus lecturas de Julio Verne.

Un descubrimiento. En Terezin pasaría dos años, para luego ser deportado al campo de Auschwitz y morir en una cámara de gas cuatro meses antes de la liberación. Pues bien, el mundo redescubrió la figura insólita y desgraciada de Petr Ginz cuando, el 1 de febrero del 2003, el transbordador espacial Columbia se desinte-

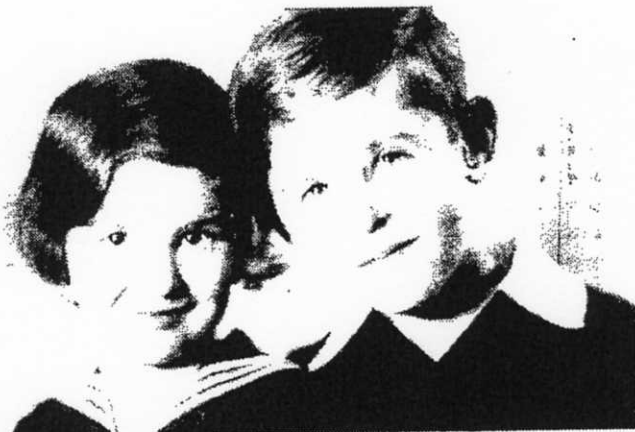


Petr Ginz mostró preocupaciones literarias que trasladó a cinco novelas inspiradas en Julio Verne

gró al entrar en la atmósfera de regreso de una misión. Adentro iba un astronauta, el israelí Ilan Ramon, que llevaba consigo la reproducción de un dibujo con el que deseaba homenajear a las víctimas del holocausto

(entre ellas, su propia madre). Había elegido «Paisaje lunar», de Petr, y cuando se difundió la noticia, un individuo que veía la televisión en su casa de Praga relacionó aquel dibujo con unos papeles que conservaba en

un cajón y que habían llegado a su poder de forma accidental: era la obra de Petr Ginz, ahora en nuestras manos después de pasar décadas en el fondo de un desván.
Nacido en el seno de una familia



Retrato de Petr Ginz con su hermana

culta y modesta—los padres se conocieron en un congreso de esperantistas, él hablaba varios idiomas y ella era una gran melómana—, Petr gozaba de todas las condiciones para llegar lejos en el plano artístico.

Incluso en estas anotaciones personales y escuetas se percibe una mente madura y precoz; en ellas, Petr revisa lo que ha hecho durante el día, señala los encuentros con los amigos y sus horas en el colegio, observa el clima, cita sus lecturas—impresionantes para su edad—, y de modo gradual, deja en el papel los destellos trágicos de una realidad amenazante, aunque vista por unos ojos ingenuos, objetivos y serenos: «Han fusilado a un montón de gente

describe al judío marcado «por la estrella amarilla y negra».

A uno se le hace un nudo en la garganta al leer entre líneas el diario del joven Petr, tan ansioso por aprender y escribir, que él mismo tendrá el coraje de fundar y dirigir una revista clandestina en el campo de Terezin, en la que publicaba textos de todo tipo tanto suyos como del resto de prisioneros. El nudo se agranda cuando llegamos a unas palabras de su padre, recordando el momento en que se despidieron en la estación; cuando habla Chava, que también fue enviada a Terezin y pudo volver a ver a su querido hermano mayor poco antes de ser asesinado y tirado a una fosa común.

Su mirada fría y adulta ante el horror es conmovedora

por preparar sabotajes, por tenencia ilegal de armas, etc.» (2-10-1941); «Ehrlich, el de la clase de al lado, irá en el primer transporte de cinco mil judíos a Polonia» (9-10-1941); «Por la noche los altavoces anunciaron que habían fusilado a ocho por alojar a personas no registradas. Uno de los fusilados tenía diecisiete años» (28-5-1942). Petr toma nota de las despedidas de la gente obligada a hacer las maletas y tomar un misterioso tren, y sabe sin duda más de lo que parece su tono desapasionado; por algo, a escondidas, pues lo tiene prohibido, escucha las noticias de la BBC, que luego transcribe en un alfabeto cifrado inventado por él mismo. Los apuntes políticos se mezclan con la construcción de un violín con una corteza de árbol, con poemas donde

La tristeza, implacable, definitiva, llega al leer otro pasaje de Petr, explicando los «preparativos» para ese trayecto que, por culpa de las ocultaciones habilidosas de los nazis, parecía sólo temporal.

Pasa el tiempo y llega el olvido, pero gracias a escritos como los de este gran hombre llamado Petr Ginz, a los testimonios escritos u orales de tantas víctimas, el recuerdo late y dignifica a millones de muertos. Como dice en el prólogo Leo Pavlat, director del Museo Judío de Praga: «La Shoa (el holocausto) sigue presente por sus efectos morales, filosóficos, legales, religiosos, psicológicos y políticos; y me atrevo a decir que esto no cambiará en el futuro».

Toni MONTESINOS